

DE BUENAS LETRAS

‘Serena diosa’, de Encarna Lara

JOSÉ LUPIÁÑEZ De la Academia de Buenas Letras de Granada

Hace ya muchos años, me hice eco del primer poemario de Encarna Lara, ‘Perfil de silencio’ (Málaga, 1996), que me sorprendió por su madurez, su intimismo, su nostalgia sensitiva del pasado. Ahora me toca hablar del último de su trayectoria: ‘Serena diosa’, publicado por la Real Academia de Nobles Artes de Antequera (2021), institución de la que es académica correspondiente su autora, natural de Cuevas de San Marcos, en donde reside. La belleza inequívoca de esta reciente entrega, su intensidad lírica, su alta poesía me mueven a ello, para recomendar encarecidamente su lectura.

A veces la precaria difusión de los libros de versos nos impide el disfrute de auténticas joyas, que pasan desapercibidas, a pesar de la verdad profunda y de la grandeza que encierran. Este es el caso que nos ocupa. ‘Serena diosa’ es un libro de homenaje dedicado a la ciudad de Antequera, a la que se canta en sus páginas, en ocasiones personificándola y convirtiéndola en interlocutora; o se exalta con emocionado sentir siguiendo un recorrido por sus calles, plazas, iglesias, fuentes y rincones, y también mediante la evocación de paisajes del entorno, costumbres o personajes ligados a ella. Es el resultado de una pasión «por la ciudad sagrada de las torres», por

la magia que emana de esa ‘Nueva Florencia’. La dedicatoria lo subraya: «Para Antequera, por dejar en mi alma tanta belleza amada», y la cita inicial abunda en ese lazo amoroso, a través de unos versos del magnífico poeta de la escuela antequerana Luis Martín de la Plaza, también recordado en su interior, al igual que a Pedro Espinosa o al más contemporáneo José Antonio Muñoz Rojas. El lema al que me refiero reza: «Que no será posible que yo muera / mientras viviereis vos, que sois mi vida».

Se trata de un volumen de treinta poemas, por lo general de corta extensión, que constituyen una verdadera guía espiritual; un texto en el que la geografía de la urbe se nos devuelve, pero transmutada a través de sus perfiles más enigmáticos, gracias a unos versos prístinos, de una enorme fuerza emotiva y sensorial, que se alían con elementos de la naturaleza para potenciar aún más su eficacia poética. Libro que trasmina pureza, elegancia en el decir, armonía de música callada, de nostalgias que hieren, en el que su mensaje nos lleva a un esplendor inexplorado, a un nuevo estado de fervor, de conciencia, de entrega: «En el recogimiento de aquella luz tan alta/ me vi recién llegada y eternamente tuya». Insisto: no hay que perderlo.